

es empirista. El último párrafo del capítulo de referencia dice así: “Pero aunque de este modo nuestros postulados pueden adecuarse a un marco que tiene lo que podemos llamar un ‘aire’ empirista, es innegable que nuestro conocimiento de ellos, en la medida en que los conocemos, no puede basarse en la experiencia, aunque todas sus consecuencias verificables serán confirmadas por la experiencia. En este sentido, debe admitirse, *el empirismo como teoría del conocimiento ha demostrado ser inadecuado*” (el subrayado es mío). A confesión de parte, relevo de prueba, dicen los abogados. . .

Pero hay algo más que Elguea tiene que reconsiderar. Aquí tiene otro ejemplo de la diferencia entre “ciencia empírica” y “empirismo”. Bertrand Russell, estricto adherente a la ciencia empírica (“todas sus consecuencias verificables serán confirmadas por la experiencia”) ¡no es empirista! Aunque lo fue en alguna época de su vida. Porque Javier Elguea debería saber que Bertrand Russell varió mucho sus posiciones filosóficas a lo largo de su prolongada vida. También debería saber que no le es permitido a un profesor de filosofía establecer juicios sobre figuras de la talla de Russell o de Piaget habiendo leído solamente algún libro que publicaron en alguna época de su vida o algunos artículos de divulgación.

ROLANDO GARCÍA

Moraleja

Termino con la frustrante conclusión de que mis críticas más que respondidas han sido evadidas. Yo hubiera preferido que, como resultado de la discusión, la teoría detrás del libro de Piaget y García se reexaminara, se fortaleciera, e incrementara su capacidad explicativa. Pero eso es algo que sólo puede lograrse enfrentando ideas con mejores ideas, respetando y observando la tradición de la discusión crítica que ha hecho posible el crecimiento de nuestro conocimiento sobre el mundo y sobre nosotros mismos.

Espero que en adelante, siguiendo la tradición que su fundador mantuvo, la teoría piagetiana sea defendida y fortalecida racionalmente por medio del debate y de la discusión. Espero también que sus teóricos no terminen recurriendo a las estratagemas a las que los defensores de otras teorías, intelectualmente degenerativas, han recurrido, como sería convertir cualquier discusión en un problema de exégesis de textos que sólo algunos “inicia-

uos” pueden descifrar, para luego evadir la crítica contra cualquiera de ellos esgrimiendo distinciones artificiosas y acomodaticias entre textos “fundamentales” y textos de “divulgación”, o como complicar y oscurecer el lenguaje para simular competencia y sabiduría, o, peor aún, recurrir para defensa de la teoría a argumentos de autoridad o a argumentos *ad hominem* como señalar la edad o nacionalidad de los autores que la critican. Estas estrategias, lejos de fortalecer la teoría, empobrecen el debate intelectual.

Psicogénesis e historia de la ciencia es una obra que han recibido con entusiasmo algunas comunidades de científicos y académicos. Sin embargo, independientemente de la calidad y cantidad del entusiasmo con que se reciba cualquier nueva idea o teoría, nuestro papel como intelectuales y científicos es el de ejercer el análisis y la discusión crítica y racional de las ideas. Sólo así podremos proteger a la academia y a la sociedad en general de los dogmatismos y de la irreflexión de los lugares comunes, del oscurantismo y de la prepotencia intelectual.

JAVIER ELGUEA

BADHAM, R. “The Sociology of Industrial and Post-Industrial Societies” *Current Sociology*, vol. 32, 1, primavera 1984, Sage, Londres, 141 pp.

Esta obra tiene la virtud de enriquecer y matizar la dicotomía aceptada entre sociedad preindustrial y sociedad industrial. Los rasgos conocidos de la industrialización toman en ella, en efecto, otro carácter; aparecen nuevas capas y significados de este proceso de cambio estructural. Por lo demás, el delineamiento del futuro revela claramente una mutación y un quehacer social movidos por criterios singulares. Badham mantiene el término “industrial” por comodidad semántica, aunque deja entender que no entraña una transición lineal sino una ruptura que abre vías inexploradas.

Badham hace un recuento de la idea y de las formas de la industrialización a partir de los Enciclopedistas. A juicio de éstos, la sociedad industrial representaba una objetivación de la razón. La teología, el prejuicio racial o de clase y el sofocamiento unilateral de los plebeyos retrocederían ante el progreso, la diferenciación institucional y el estallido de jóvenes libertades. La industrialización fue entonces una utopía “cronometrada” que tuvo la fortuna de materializarse, al menos parcialmente, y se propagó en el mundo ajustándose a ecologías particulares. En palabras de Simmel: se impuso el imperio del reloj. La mutación, sin embargo, emanó de elementos genéticos adicionales que Badham trata de develar.

Ciertamente, la teoría de la sociedad industrial lleva algunos denomi-